

APUNTES

Eran páginas de tentaciones. Abiertas a nostalgias, ilusiones y análisis. Agitadores de sensaciones, atractivas y estimulantes.

En el hogareño refugio puertorriqueño, yo esperaba el mediodía.

Hora de recreo largo, de almuerzo con tres platos humeantes y de la llegada de "Las Últimas Noticias". Con el recorte de la cordillera en su logotipo de pulcras letras góticas.

En las centrales, la prosa sensible, artificiosa y gentil de Julio Martínez, comentarios de madrugada y anécdotas del fútbol; la columna sobria de Carlos Guerrero con matices nortinos; estilo aldeano, trazos de Melipilla, de José Saldano en comentarios sobre tenis.

La tira cómica de Macabeco: estatura mesuradísima, bigote ennegrecido y sombrero con cinco gerdilinos.

Magnetismo de Daniel de la Vega, casi decimonónico, elegante en la palabra, impresionista en la observación, universal en su mirada paródicamente pueblerina.

Los artículos de Eleazar Huerta y de Vicente Mengod, rescatados de la península con sus agudezas y rigores.

En el postre, en la lectura de sosiego, reanudada al atardecer.

Allí descubrí los Veranos de Ciego, la multitud de pseudónimos de Homero Bascuñán - solo años después descubrí que también lo era -, con su palabra humilde, desamarrada de la pompa y la población.

Y la lectura concentrada en los ensayos de Luis Sánchez Latorre. Entraba en el laberinto de sus verbos, buscaba la llave para abrir los misterios de sus observaciones, un abrelatas para sacar el contenido de sus ironías. A veces apelaba al diccionario, al diálogo con los amigos, a las preguntas a profesores de castellano y de filosofía.

Impresiones y recuerdos de Filebo

Reía con sus sarcasmos, cuando sólo hablaba de la solapa de un libro recién editado o de su tamaño. Confieso que, en oportunidades, yo rezaba por los dolores del autor criticado.

Algunas tardes me trasladaba desde la calle Concha y Toro a su barrio Yunguy.

Pasaron los años. Le escribí a Jota Eme. Me dio su bendición para que estudiara Periodismo. Llegué a la Universidad Católica. Casaba en San Isidro 560. Barrio gris, tradición comercial, señoras pías en la parroquia vecinal. Patio con gallinas. Profesores que nos transmitieron fe. Guillermo Blanco y sus enfusis en la pulcritud del idioma. Tantos. Entre ellos, Nicolás Velasco del Campo, impulsivo, cordial. Nos abrió la puerta de "Las Últimas Noticias".

Unos meses en deportes. Edificio de Compañía y Morandé. Escala de mármol, en ambiente de aristocracia. Baranda de hierro en forja. Así saltó de lector a compañero.

Julio Martínez y Luis Sánchez Latorre fueron mis primeros jefes.

Pasaban de las páginas de mi infancia a los escritorios cercanos. Oficinas contiguas, con ampollitas tímidas que colgaban con pereza. Máquinas de escribir con teclas ruidosas. Carillas en ristra. Muchos lo tomaban a Filebo, arrancado de Platón. Los escritores, avezados o jóvenes. Los reporteros, a quienes obligaba a rehacer seis o siete veces sus crónicas.

Pronto me trasladé a su sección, con Homero Bascuñán, el minero que no olvidó en su humildad sin imitación.

Sánchez Latorre recibía a intelectuales, amigos,



Luis Sánchez Latorre.

Tertulias a media tarde. Conversaciones filosóficas, mientras fumaba sus bigotes a lo Pancho Villa.

Eran los hombres y mujeres que rodeaban mis tareas inaugurales en el periodismo. Hoy a las 19 horas, en la sala América de la Biblioteca Nacional: reuñen en su libro "Memorabilia, impresiones y recuerdos". Lo presentamos con Volodia Teitelboim e Inés Vukobratović.

En la colección "Entre marcos", de la editorial LOM, reaparecen todos. O casi. Hugo Goldsack, quien protestaba contra su madre por la cacofonía de su nombre con el apellido. Lo llamábamos "Maestro". Enciclopedia tras-

plantada al diario. Exhaustivo en la entrevista, notable en la anécdota, fomentador de lecturas. Como Filebo.

Otros. La memoria de Byron Gigoux James, el ex director "pulcro para escribir y cochino para hablar". Don Vicho, el archivero de melena leonina, que bautizaba a todos con apodos certeros. Homero, siempre el primero, según un pintoresco visitante de origen valdiviano. Alumno adó de primer año de preparatoria y consagrado por la Academia Chilena de la Lengua por el buen uso del idioma. Hurtado, el vendedor de libros, con su largo abrigo paquete de vela. Luis Rivano, despojado de su traje de carabinero, a la cacería de los primeros libros. Juan Florit, mallorquino gentil. Enrique Melcherts, son su bigote a la manera de Dalí. Andrés Sabella, hermano que asomaba de cuando en cuando desde su Antofagasta.

Tertulias. Entonces, diarios al servicio de la inteligencia.

La cultura no asustaba a los editores. Se vivía. Se consagraba.

Filebo nos alentaba. Reconozco su magisterio en esos escritorios con ventanal desentornado a una calle humeante. Balcón para ver las tormentas políticas. La romería por la muerte de Luis Alberto Gasc, en acto de servicio. Romances en cafés alejados. Bohemia en El Ciclista. Inés de Suárez. El Congreso y El Zepellín.

Acudían actores de los teatros céntricos. Enrique Lafourcade escribía con su acero y su refresco.

Sánchez Latorre bautizaba a unos, que transitaban por el camino de la excelencia literaria. Enterraba a muchos

con su estilo sarcástico hasta las fronteras del peligro.

Yo creía que él era capaz de odiar a quienes se extrañaban entre obriedades, ramplonerías e imitaciones.

Pero día a día escuchaba la proclamación de su amor por Mimi Garfías, su mujer.

"Única, todas", la sintetizaba.

Su "Memorabilia" no me sorprende, me robustece.

Recreo sus coloquios en el Santos: panecillos emantequillados y las bandejas con teteras humeantes, traídas por Alfredo Núñez. En nuestra mesa, Mario Cárdena y sus recuerdos de teatro.

Caminatas por Huárfano.

Títulos con ingenio. O en clave. Sus añoranzas por los bravos Siete Muchos, con Fernando Díaz Palma, Iván Cienfuegos, Rigoberto Díaz Gronow y otros invasores de la noche.

Celebramos su Premio Nacional de Periodismo. Se estimulaba y reconocía a un padre. Lo pongo la firma. Acaso con una de sus lapiceras clásicas.

Comprador de diarios y revistas. Devorador.

Nos orientaba. Nos imponía. Nos deleitaba.

Organizó el Congreso Latinoamericano de Escritores, y llevó su palabra al Teatro Municipal y las regiones.

Desde la presidencia de la Sociedad de Escritores unió dolor y humor. En horas de persecución, desamarró sus paradojas. Al modo crítico elogiaba el IVA a los libros, en sus intenciones subterráneas de mofa. Las autoridades, los burocratas y algunas lectoras lo aceptaban literalmente.

Sus impresiones y recuerdos son un retrato de escritores. Irónicos, rápidos, ágiles. Un panorama de la literatura viva. A la manera de Filebo.

Periodista.

Impresiones y recuerdos de Filebo [artículo] Enrique Ramírez Capello

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Impresiones y recuerdos de Filebo [artículo] Enrique Ramírez Capello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile